

Catástrofes naturales y sociedad^a

MARCELO ARNOLD-CATHALIFAUD⁽¹⁾

Muchos chilenos han vivido y continúan viviendo días de zozobra e incertidumbre. Se ha discutido mucho en estas semanas si lo que se hizo frente al terremoto y sus consecuencias fue lo adecuado, o si podría haber sido mejor. Sin duda, pudo ser distinto y mejor, no solamente después de asimilar la actual experiencia, sino con lo ya conocido antes del desastre. Ciertamente ha quedado al desnudo la improvisación, no solo por no disponer de recursos técnicos y humanos para abordar los problemas asociados a los fenómenos sísmicos, sino también por ignorar las formas para comprender y tratar los impactos sociales de las catástrofes naturales.

Por cierto, la responsabilidad de los daños provocados por fenómenos naturales, donde no es posible imputar su origen a una decisión humana, no puede atribuirse a personas, grupos, gobernantes o sus instituciones, pero sí se esperaría que se dispusiera de las capacidades para enfrentar y tratar los desastres y para prevenir y mitigar oportunamente sus consecuencias. Especialmente por el hecho, poco evidente, que gran parte de los denominados desastres atribuidos a catástrofes naturales, como terremotos, maremotos y aluviones, son consecuencias de defectos tecnológicos, incumplimientos o inadecuación de normas y precarios emplazamientos de poblaciones humanas. Es decir, son efectos de actividades sociales y, por otro lado, la alarma, inquietud y otras consecuencias que les acompañan tienen que ver con la calidad de su comunicación, pues sólo frente a ésta reaccionamos.

Desde esta comprensión, en sentido estricto, el reciente terremoto es social y sus réplicas son las que colapsaron cuerpos, estados de ánimo, instituciones y patrimonios culturales. Esta

noción se proyecta en dos sentidos: a) los conocimientos, sentido y percepción del terremoto y sus efectos son fuertemente influidos con la variable información y b) las vulnerabilidades e inequidades sociales condicionan la fuerza de sus desastrosos impactos.

Que los efectos de las catástrofes naturales son, fundamentalmente, consecuencias de actividades sociales queda en evidencia cuando, ante una misma intensidad de sismo los estragos son variables. Una cosa ocurre en San Francisco (California), otra en Kobe (Japón), otra en Puerto Príncipe (Haití) y otra en Constitución (Chile). Esto vale para el conteo de vidas humanas, como para la celeridad de la ayuda a los damnificados o las características del desplome de barrios, pueblos y ciudades. Así, nadie puede ser culpable del terremoto o del maremoto en tanto fenómenos naturales, pero sí pueden imputarse responsabilidades por una mala preparación para afrontarlos, por malas construcciones, malos diseños, malos planes de evacuación, malas comunicaciones, deficientes carreteras, hospitales o aeropuertos insuficientes.

Que la reacción de la población y sus consecuencias tienen relación con la calidad de la comunicación que informa sobre la catástrofe natural, queda en evidencia por la forma cómo se reacciona frente a ella. Por eso, especialmente, gobernantes e instituciones públicas deben, dado su mandato, estar siempre preparados para no equivocarse en las estimaciones, sobrevalorar o subvalorar los impactos de las catástrofes, y tener planes de acción disponibles. Ello tendrá que ver, entre otras cosas, con los niveles de angustia y pánico de las personas y la atención requerida por tales efectos. No es superfluo

⁽¹⁾ Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile. Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto N°1045, Ñuñoa, Santiago. Chile. marnold@uchile.cl

^a Ponencia presentada en el seminario "Análisis y propuestas para una política nacional de gestión integral del riesgo y manejo de crisis: una visión académica". Santiago, 24 y 25 de marzo de 2010.

señalar que por información (mala información) se produjeron mayores decesos o menores, según el caso. Así, como parte de la trágica antología de nuestro reciente desastre, se documenta el hecho que quienes escucharon por sus radios, en los cerros, las informaciones oficiales que desmentían la amenaza de maremotos abandonaron sus resguardos exponiéndose a los peligros.

Los desastres naturales tienen importancia en tanto impactan en la sociedad. Es en ella, sus comunidades y grupos, donde se los define como desastres. Es desde ella donde se calculan sus efectos, se interpretan sus consecuencias y se toman las medidas para abordarlos. Se comprende, en este sentido, que las comunicaciones sobre catástrofes y lo que las rodea será el primer generador de respuestas sociales frente a ellas, por ejemplo orientando decisiones sociales o personales. Es por eso que ante los desastres y sus consecuencias, el manejo comunicacional es estratégico y no puede liberarse exclusivamente en la dimensión noticiosa que caracteriza a los medios de comunicación de masas. Eso último fue lo que nos ocurrió.

Un desastre natural tiene muchísimos efectos que requieren ser enfrentados y para ello es esencial ofrecer información clara y oportuna utilizando, a su vez, la información y oportunidades disponibles. Esa es la tarea de los gobernantes y de sus voceros en tiempos de catástrofe. A nivel oficial las comunicaciones deben ser vinculantes, normativas y decisivas. En este sentido, habría sido esperable que, con nuestra declarada modernidad institucional y socio-tecnológica, se hubieran prefigurado escenarios y que instituciones especializadas hubieran estado más preparadas para eventos catastróficos. Sin embargo, las respuestas, hasta donde las conocemos ahora, no calzaron con las expectativas. Consecuencia de ello (algo también previsible), es que ante la incertidumbre se originaron grupos que, sin contar con un mínimo de representatividad, formaron tumultos y en esa "espontánea" agregación tuvieron posibilidades de generar mayores problemas que el desastre mismo. Cuesta olvidar los reportes sobre vecinos organizados para "defender" sus viviendas y

familias frente a un "enemigo" proveniente de los barrios vecinos, o de vecinos desesperados sin saber hasta cuándo contarían con agua y alimentos sin dinero, o posibilidades, para reponerlos.

Es por ello que el "terremoto social" es muchísimo más largo que el movimiento sísmico del 27 de febrero pasado, con todas sus réplicas juntas. Los terremotos tienen varios ingredientes: saqueos, estigmatización de gente inocente, violencia entre ciudadanos, desolación, rabia e impotencia. En parte, eso ocurre y se amplifica porque la población no tiene respuestas oportunas para enfrentar coherentemente los desastres que la afectan y actúa evaluando sus posibilidades y medios de los que dispone para enfrentarlos, en tiempos escasos. Estas situaciones se ejemplifican muy bien con los modelos de simulación de las acciones racionales. Pero eso se llama "sálvese cada uno como pueda" y no se requiere de mucha sabiduría para anticiparlo.

Por eso, las instituciones son fundamentales para evitar "terremotos sociales". Pero éstas, como muchas viviendas también pueden agrietarse, eso se llama pérdida de credibilidad y de confianza. Los servicios públicos y las empresas que más cercanamente se involucraron inadecuadamente o se les atribuyeron negligencias se verán con muchas dificultades para poder reconstruir sus reputaciones.

Hasta ahora observamos que importantes organizaciones involucradas en la ayuda tienen dificultades para coordinarse adecuadamente pues definen la catástrofe de distintas maneras. Eso implica que las urgencias y prioridades así como los mecanismos de ayuda sean distintos, a veces arbitrarios, ni qué decir si la información entregada a los ciudadanos confunde o directamente es confusa. Por eso se requiere "información oficial", cuya ausencia, demora o errores tienen pésimos efectos y llevan a contradicciones y obstaculizaciones mutuas. Lo que sigue también lo hemos conocido en estos aciagos días: competencias mal entendidas, envidias institucionales y búsquedas de protagonismos, todo ello en medio de un desastre mayúsculo.

Sin duda el país saldrá adelante, pero quedará

una sensación amarga de constatar que no hemos aprendido las lecciones. La primera de ellas es el descuido de la responsabilidad en un país cada vez más complejo como el nuestro, en el que las acciones sobre sus ciudadanos y las decisiones que los afectan no pueden inspirarse en el puro sentido común, voluntarismo e improvisación. Esta falta ha sido trágica y lamentable y sus consecuencias no se han desplegado totalmente.

Finalmente, ¿cómo enfrentar las tareas que nos deja el sismo? Sin duda, definiendo y sopeando las condiciones que han amplificado sus múltiples efectos en las personas, familias y comunidades. Lo que se ha desencadenado reviste una complejidad que sobrepasa los aspectos materiales y económicos y compromete reparaciones de toda índole y en plazos bastante largos. No todo puede arreglarse con palabras de solidaridad y de aliento, tampoco con sólo caridad y megaeventos. Todo ello es necesario pero insuficiente para atender el fondo de la catástrofe.

No debemos olvidar que el impacto de las catástrofes naturales se expresa con distintos daños según las condiciones específicas de las poblaciones que habitan en los lugares afectados. La tarea de los organismos a cargo de la reconstrucción es conciliar y complementar las visiones de los especialistas con las de las propias personas, familias y comunidades afectadas. Desde la perspectiva de las ciencias sociales, se trata de identificar los efectos psicológicos, sociales, culturales e institucionales, e integrar conocimientos y acciones preventivas en un aprendizaje efectivo que permita un afrontamiento integral y local cada vez mejor de estos acontecimientos. Para el momento, y en la urgencia, las posibilidades son más estrechas: restituir la confianza en las instituciones, hacer efectiva la comunica-

ción oficial, coordinar en forma eficiente las acciones de ayuda y, sobretodo, fortalecer las redes sociales comunitarias.

Respecto a lo anterior: En estos días, y después de un recorrido en la Región del Maule, he podido apreciar cómo ciudades y pueblos pujantes han quedado devastados y los más afectados, cientos de niños y personas mayores, que se sentían protegidos por sus murallas de adobe, como muchos otros, continúan ensimismados en una situación de desesperanza e incertidumbre con respecto a su destino. No todos tienen los recursos y la energía para “levantarse” cuando sus viviendas se definen como escombros, tendremos que pensar más en ellos y ellas. En este contexto, no es claro que todos los municipios, escuelas, bomberos, iglesias y hospitales tengan la posibilidad de revertir esta desesperanza. De hecho sus autoridades, personal, equipamiento y edificios también se han visto afectados. Nada volverá a ser como antes. Es justamente aquí donde la recomposición y construcción de redes sociales y el fortalecimiento del apoyo solidario pasa a ser una tarea imprescindible donde el conocimiento y aportes de las ciencias sociales puede enfocarse.

Finalizando, desde una posición donde la urgencia quede suspendida o esté ya controlada identificamos dos temas a tratar: a) una construcción más “inteligente” (compleja) de las percepciones asociadas a las catástrofes naturales (¿qué se debe saber hacer frente a ellas?) y b) una “deconstrucción” más inteligente (compleja) de las inequidades y vulnerabilidades que producimos con las exclusiones sociales (accesos equitativo al trabajo, educación, vivienda, etc.) y que han quedado en evidencia entre los efectos de estas inadecuadamente denominadas “catástrofes naturales”.

Usted puede comentar éste y otros artículos publicados en la Revista Chilena de Salud Pública, enviando un correo electrónico a revistasp@med.uchile.cl